

IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la
República Argentina
“Los usos de la Memoria y la Historia Oral”

**Nacionalismo y memorias de una guerra que no fue
Patagonia, 1978.**

Gonzalo Aravena Hermosilla¹

Universidad de Chile,
Aníbal Jara, Santiago, 9253510,
gonzaloaravenah@gmail.com

Resumen:

Desde la memoria de 5 soldados, el presente artículo intenta reflejar las repercusiones del nacionalismo chileno en el conflicto limítrofe que mantuvo cercano a una guerra a los dos países más australes del continente americano en 1978. Busca comprender si el discurso nacionalista instalado en Chile hacia la época, logró mantenerse imperturbable en ellos -que participaron del conflicto- y si lo logró, ¿por qué?

Abstract:

From the analysis of the memories of 5 soldiers, this article deals with the impact of nationalism on the Chilean border dispute which brought this country close to a war with Argentina in 1978. It seeks to know whether the dominant nationalist discourse installed in Chile at that time keeps its influence on the soldiers during the conflict and, in that cas, why it did so.

Palabras claves:

Conflicto del Beagle, Nacionalismo, Memoria, Chile – Argentina, 1978.

Keyboards:

Beagle Conflict, Nationalism, Memory, Chili –Argentina, 1978.

El conflicto del Beagle

El denominado ‘conflicto del Beagle’ es una controversia internacional que enfrentó de manera diplomática a Chile y Argentina en cuestiones limítrofes durante más de un siglo. Sin embargo, recién en 1978, cuando ambos países eran gobernados por cuestionadas dictaduras militares, fue cuando se vivió el momento más crítico de esta controversia. Ocho años antes, bajo el gobierno chileno de Salvador Allende y el argentino de Alejandro Agustín Lanusse, se había firmado un acuerdo por el cual ambos Estados se comprometían a llevar el diferendo a un tribunal internacional compuesto por cinco expertos en derecho y relaciones internacionales, los cuales emanarían un informe que debía ser promulgado íntegramente por la Reina Isabel de Inglaterra en calidad de fallo resolutorio y concluyente.

Los resultados de este tribunal fueron expresados por la Reina en mayo 1977 y estipulaban que el país que presentó mejores argumentos históricos y jurídicos para tales efectos había sido Chile y que, por tanto, la controversia era resuelta a favor de éste. Argentina demoró bastante en pronunciarse al respecto –a diferencia de Chile que tan pronto pudo promulgó el fallo como ley de la República- y recién en enero de 1978 lo hizo declarando insanablemente nulo el contenido de dicha resolución.

Aquel año se convirtió en uno de los más críticos de la historia del siglo XX para estos países. La beligerancia comenzó a tomar cuerpo y las relaciones diplomáticas escasamente llegaban a acuerdos. Ningún país estaba dispuesto a transar y el panorama, conforme transcurrían los meses, se transformaba en crítico.

Se barajaban cuatro opciones de resolución diplomática: la primera era llegar a un acuerdo bipartito, pero el clima tosco y áspero de las relaciones no

dejaba margen para esta opción. La segunda era recurrir a un tribunal internacional, pero como un fallo de este tipo ya había sido votado a favor de Chile, éste no se arriesgaría a perder lo adquirido, de modo que tampoco era una alternativa viable. La tercera opción era pedir la mediación de alguna personalidad que ambos sectores respaldaran, opción que si bien no tuvo mucha repercusión mediática en un principio, con los ánimos enardecidos que adquirió el conflicto, pronto se vio como una posibilidad latente, hasta llegar a ser, finalmente, la acción del Papa Juan Pablo II -a través de su representante Antonio Samoré- a lo que se le ha atribuido la resolución final del conflicto. Por último, la cuarta alternativa era imponer la posición por medio de las armas, es decir, una guerra, y fue esto lo que se creyó más cercano a suceder.

Pero ¿cómo recuerdan lo sucedido ahí los anónimos soldados que esperaron este desenlace? ¿Cuál era el rol de la formación patriótica en ellos? El siguiente relato, construido en base a testimonios obtenidos mediante la voluntaria participación de ex soldados conscriptos y profesionales, pretende develar parte de estos cuestionamientos.

Memorias de una guerra que no fue

Una tarde de agosto, en un céntrico supermercado capitalino, acudí a una entrevista con un ex conscripto del '78. Iván F.² era su nombre, él había nacido en Rengo, sexta región, pero llegó a vivir a Santiago cuando apenas tenía 5 años. Fue allí donde cursó sus estudios primarios y secundarios, estos últimos en la Escuela industrial Galvarino de La Cisterna, de la cual recuerda no haber recibido una formación demasiado patriótica que le sirviese para afrontar el conflicto, aunque sí, como en muchos lados, eran habituales las celebraciones para fechas especiales tales como el Día del Carabinero, el 18 de Septiembre, el Combate Naval de Iquique, la Batalla de Maipú, etc.; pese a que todo eso –agregaba- sólo tuvo un realce cuando vino la Dictadura Militar. Fue ahí cuando, según él, se ensalzó la simbología nacional.

Iván, apenas hubo egresado de la educación media, fue llamado a hacer el Servicio Militar Obligatorio. Su familia no aceptó de buenas a primeras el llamado pero viéndose imposibilitada de impedirlo dejó partir a su hijo un día 28 de marzo de 1977 rumbo a Iquique. Es en esta zona donde comienza a

manifestarse una sobre estimulación de un discurso nacionalista acorde a una institución de este tipo. El solo hecho de ponerse el uniforme le hizo sentir de otra forma. “Es el ambiente mismo, el ambiente que se vive dentro de un regimiento, eso de que todo el día te estén diciendo ‘que somos los mejores’ o ‘que ustedes son chilenos y tienen garra y tienen que ser como los de la Batalla de la Concepción’ te va convirtiendo en el más ferviente patriota”³.

Al año siguiente, producto de un traslado concertado por sus familiares, pudo seguir cumpliendo su servicio militar más cerca de su familia, en Santiago, en la Escuela de Suboficiales del Ejército. Pero ahí estuvo sólo un par de meses porque, ya en 1978, en el sur las cosas estaban cada vez más densas, y en abril de aquel año tuvo que ser destinado a Coyhaique.

En Santiago, la formación nacionalista no varió considerablemente a la que tenía en Iquique, pero lo que sí varió fue el trato. Relataba que se dedicaba a hacer guardia, a hacer aseo o cosas por el estilo, todo muy relajado. Andaba bien vestido, bien alimentado, algo totalmente distinto a lo que se vive como conscripto en una unidad de combate común o un regimiento, pero que cada símbolo patrio seguía teniendo la misma solemnidad como en cualquier unidad castrense.

Según Iván, durante todo ese tiempo se escuchaban rumores de que algo pasaba con Argentina y que había un problema en el sur, pero que nada iba más allá de eso, hasta que un día, mientras él hacía guardia en la puerta principal de la Escuela, llegó su suboficial a cargo y lo mandó a formar al patio central junto con otros veintitantos soldados. Cuando lograron completar treinta, les dijeron que pasaran al almacén de vestuario a recoger sus nuevas indumentarias, entre las que se encontraban parcas, pantalones afranelados, botas, etc., todo nuevo. De inmediato se comenzaban a preguntar entre ellos qué era lo que realmente pasaba, pero nadie hacía el amague siquiera por consultar a sus superiores. Nadie entendía lo que ocurría y por respeto, nadie preguntaba. A los pocos días, a las cinco de la mañana, levantaron sorpresivamente a los treinta soldados conscriptos seleccionados, entre ellos Iván, y se les informó que tendrían que tomar sus nuevas indumentarias para salir a formar al patio y abordar un bus que los llevaría a cumplir una misión de servicio. Mientras tanto, el resto de la unidad, a la cual también hicieron formar, se despediría cantándoles la canción del camarada⁴.

En un tono similar, José C.⁵ –el otro conscripto- contaba cómo se inmiscuyó en el ejército y sus primeras aproximaciones al conflicto. Con José me reuní a realizar la entrevista en la casa de su madre, mientras se realizaba allí un tradicional asado familiar. Él nació en Las Condes y realizó sus estudios en la misma comuna, específicamente en el liceo Rafael Sotomayor, ex liceo 11. Cursaba el cuarto año medio cuando salió llamado a realizar su Servicio Militar Obligatorio y tuvo que partir en marzo hacia la Escuela de Telecomunicaciones del ejército en la misma capital. Para él, el cambio entre la etapa escolar y su vida militar fue mucho más traumático que para Iván, contaba que, al entrar, desde el portón del regimiento hacia dentro, el cambio fue terrible; de ser un joven enamorado, pasó, de un momento a otro, a vivir como un adulto. Contaba que es algo que no se logra dimensionar, más aún si el llamado a acudir es obligatorio, señalando que si no hubiese sido así jamás habría asistido.

Entró en marzo de 1978 al personal del ejército y ya en junio estaba en Coyhaique, cuando pocos meses antes no sabía siquiera dónde se encontraba geográficamente esa zona, salvo algunas divagaciones con respecto de su australidad⁶. Así, señaló que de un momento a otro tuvo que partir con el resto de sus compañeros del regimiento al aeropuerto desde donde emprendieron rumbo a Coyhaique, al regimiento Balmaceda, el que en pocas horas se fue llenando de uniformados, y de los no más de 200 que lo componían en un comienzo, pasó, en un día, a contar con una fuerza de entre 1000 y 1500 hombres⁷, todos “nortinos”⁸.

El cambio fue aún más traumático por las incomodidades que genera alojar a más de diez veces el número de hombres para los que estaba diseñado el regimiento. Así, los problemas con las camas y los baños pronto fueron transformándose en habituales, aunque paulatinamente el regimiento comenzó a expandirse para poder dar abasto a todo el personal que de un momento a otro debió refugiar.

Otro es el caso de Víctor G.⁹, quien en una improvisada entrevista en un gimnasio donde él realizaba clases de educación física, señalaba que durante todo 1978 dentro de las Fuerzas Armadas había movilizaciones y rumores con respecto de lo que se venía. Se decía que era realmente grave lo que ocurría con Argentina y que para ello se estaban preparando todas las fuerzas;

realizando ejercicios militares o inclusive haciendo trincheras dentro de las mismas bases de trabajo¹⁰.

Llegado el mes de mayo de aquel año, Víctor se enteró que se necesitaba gente dispuesta a partir hacia Punta Arenas a cumplir misión de servicio. Él, evaluando la situación y tomando en cuenta su soltería, su edad – apenas 23 años-, el beneficio económico que ello le traería y la avanzada preparación militar que tenía tras haber realizado durante un par de años instrucción de guerra a conscriptos, decidió responder al llamado sin sospechar hasta dónde se inmiscuiría en el asunto. A su vez, comentaba que siempre fue muy patriota, que siempre le gustó su bandera y que los desfiles militares desde niño le llamaban la atención; por tanto cumplir una misión como la que se le estaba encargando, más que un sacrificio, sería un privilegio.

Casos similares, en cuanto a su reacción al llamado, es la que formulan los demás soldados profesionales entrevistados, entre los cuales es tópico común recurrir al argumento de la patria y la bandera al momento de responder a su trabajo. Juan P.¹¹, a quien entrevisté en su oficina del departamento de telecomunicaciones de la Fuerza Aérea, planteaba que a pesar de tener tan sólo diecisiete años, tenía una sensación de patriotismo y de que todo lo que había vivido hasta esa edad era ya suficiente. De ahí en adelante, si fuese necesario tendría que entregar su vida por lo que estaba luchando, por su país. Luego agrega “a lo mejor las palabras no tienen sentido pero al vivirlo es una cuestión que...como te digo me gusta la historia, entonces yo leo la historia y he visto casos de niños que participaron en la Guerra del Pacífico, como Juan Bravo que estuvo en la Cavadonga, tenía catorce años, fue el tirador escogido, entonces yo lo veo y lo veo como niño, pero...si también hago un análisis de lo que yo estaba viviendo, también era prácticamente un niño”¹². La coyuntura individual estaba en segundo plano cuando quien necesitaba la ayuda era la patria.

Juan partió hacia Punta Arenas, siendo estudiante de la Escuela de Especialidades de la Fuerza Aérea, un día catorce de diciembre de 1978. Ése día todos se iban de vacaciones, pero de improviso tuvieron que formar en la mañana muy temprano, en el patio de la unidad, donde se les informó que la situación en el sur se había complicado y agravado considerablemente, de modo que debían prepararse para partir en pocas horas rumbo a Punta Arenas.

Juan decía que en ese momento, más que sentirse aporreado por lo que viviría, sus preocupaciones pasaban por las vacaciones que no tendría, las fiestas que se perdería, como el Año Nuevo o la Navidad, pero que no se preocupó en demasía por partir al sur. Tan sólo era una sensación de frustración por perder sus anheladas vacaciones. Partieron en un viaje que demoraba seis horas hasta Punta Arenas y durante el trayecto espontáneamente la formación nacionalista y militar comenzó a relucir. Comenzaron a cantar himnos y marchas militares con el fin de pasar la angustia de no saber dónde se iba y con qué se encontrarían. Nadie conversaba, sólo cantaban¹³.

Cuando llegaron a Punta Arenas, durmieron en unas pequeñas casitas que les tenían rústicamente acondicionadas, donde el frío del sur mostraba sus más gélidos abrazos. A la mañana siguiente, fueron enviados a la frontera en pequeñas cuadrillas de entre tres a cinco personas, las cuales eran escogidas por el grado de afinidad que tenían entre sí –transformándose, a la postre, en verdaderos hermanos según los testimonios de los entrevistados¹⁴- desde donde debían mantener constantemente informados a la base central de Punta Arenas.

Ahora bien, Iván, el conscripto, también vivió esas curiosidades de la amistad que brinda un momento límite como aquel. Al llegar a Coyhaique tuvo que formar frente a un grupo de tenientes quienes comenzaron a hacerse cargo de pequeñas cuadrillas de conscriptos. Iván relata que le pasó algo bien particular en esta situación: “resulta de que en el tiempo que yo estuve allá en Iquique, en la primera quincena de diciembre llegó toda la Escuela Militar allá, a hacer su última práctica para salir ya egresados los tenientes y dentro de esos tenientes yo conocí a una persona ahí, nos hicimos súper amigos, el tipo de buena familia, como son los oficiales de ejército, y cuando se vino me regaló todo, me regaló buzos, zapatillas, me regaló una lapicera de estas parker y... de repente estoy formado allá en Coyhaique con un sol que no calentaba nada, había un día radiante pero no calentaba nada el sol, y... estábamos formados, yo estaba en primera fila, y de repente un oficial se saca los ray ban, que eran en ese tiempo, los ray- ban eran lo máximo, se saca los ray ban y me dice, usted soldado cómo se llama, ‘soldado conscripto Iván F. V., mi teniente’ y ahí sí se saca los lentes y me dice... ‘F. güeón [sic], que andai haciendo aquí’...era

mi amigo po... que yo me había contactado con él allá en Iquique... 'aquí estamos po, mi teniente'... y me dice... ellos tienen un dicho, de que cuando quieren que alguien este siempre con él le dicen 'a la cola de mi caballo', o sea siempre yo voy a estar con usted, o sea yo voy a ser su ayudante que se yo, como su guardaespaldas una cosa así... y me dice 'de ahora en adelante, a la cola de mi caballo' 'a su orden mi teniente'".

Así, el pasar de F. desde su llegada a Coyhaique se fue transformando en una experiencia más relajada y menos traumática que la de José C..

José, con apenas tres meses de instrucción, fue enviado al sur donde estuvo más de cinco meses durmiendo en un campamento al estilo "Guerra de Vietnam", como él gusta llamarle, haciendo trincheras todos los días. Él y su grupo estaban en el aeropuerto Balmaceda con la misión de protegerlo, ya que éste era considerado un punto estratégico pues de él dependía el abastecimiento de la zona. Dormían en un colegio aledaño desde donde controlaban y resguardaban el aeropuerto. En un primer momento todo era bien riguroso, siempre formando para todo, José contaba que cada vez que se acostaban tenían que dejar su ropa ordenada y en un lugar accesible por si tuviesen que levantarse de manera urgente de noche a defender el aeropuerto. Sin embargo, con el pasar de las semanas todo se fue relajando y se empezaron a desvestir y sacar la ropa en cualquier lado antes de dormir, colgándola donde fuese para luego inclusive ponerse a fumar. Todo muy relajado. Un día, recuerda, estaban unos de sus compañeros haciendo unos huevos revueltos en un casco, en una fogata, cuando de repente, entra el sargento que estaba a cargo de todo el colegio y comienza a gritar que se les estaban pasando los argentinos. Sobre esto señala: "ahí sentí, no temor, sino que como que hay una temblor, no un miedo, sino que alerta. Aquí quedó la grande y te acordai de tu mamá, de todo, tus familiares. Nos vestimos, no se, creo que en menos de un minuto, cuarenta segundos. Todos vestidos y todos listos para salir a la guerra con tu armamento, entonces cuando estábamos saliendo el sargento dice 'no, alto vengan, formar aquí' Entonces yo, puta, cómo van a formar güeón si se nos están pasando todos los argentinos, y nos dice no, si esto era un ejercicio. Era para ver cómo estaban de reacción. Pero te juro que yo pensé que se nos estaban pasando y de ahí empezaba la guerra y fue una cuestión en un lapsus así de minutos".

Lo anterior refleja el alto grado de inestabilidad política y psicológica que se vivía, pues de un momento a otro se podrían quebrar las relaciones diplomáticas y, sin mediar intervención, la guerra se desataría. Esto lo sabían y, para muchos, se transformó en una situación tan angustiante que preferirían enfrentarse de plano a la guerra que seguir en aquella desgastadora espera. Manuel H.¹⁵, con quien conseguí una entrevista en la sala de clases de una banda sinfónica, contaba: “la guerra la veía como algo ya real para mi, era algo... yo ya estaba en la guerra. Es tan natural poder interpretar eso [...] Yo bajé 6 kilos de peso, y no porque no tenía comida, [...] nosotros fuimos entrevistados por unas personas allá después, médicos, en donde ahí ellos nos decían que eso era normal porque hay que involucrar hartas cosas, [...] Hay algo, yo no lo recuerdo, pero hay algo en el cerebro que se activa cuando estás en adrenalina, [...] uno puede vivir un rato, saltar un rato... un susto de 10 minutos, pero vivir una semana o dos semanas completas es como para... es un desgaste físico y un cansancio enorme”.

Él, en Santiago, trabajaba realizando mantención de los aviones, fundamentalmente al llamado Hércules, al cual durante los últimos meses de 1978 debió acompañar en su constante ir y venir desde la zona austral hasta la capital con el fin de trasladar pertrechos militares y abastecimiento para las tropas.

Todo cambió cuando un día le dicen que ya no lo necesitaban en eso y que debería quedarse en Punta Arenas para servir de mecánico a los aviones de las pistas de vuelo de los improvisados aeropuertos en el sur. Ahí comenzó a vivir una etapa de angustia, después de pánico y por último de terror, en ese orden: “¿Cuándo nace esa angustia? Cuando voy y no vuelvo, me dejan allá y yo quedé en Punta Arenas y quedé en la zona y ya me ambienté ahí. Estuve mucho tiempo ahí. Y ese... de cautela pasó a angustia cuando estaba en Punta Arenas. Cautela, cautela, cautela. Igual no sentí miedo. Cuando una nube venía y se acercaba esa... esa ruptura, nosotros empezamos a vivir la guerra dos semanas antes del día que se llegó al pacto con el cardenal, toda esa historia que conocen, pero hasta días antes ya era angustia y terror cuando teníamos los aviones en el cabezal. H24 se le dice cuando está el piloto arriba y el mecánico abajo, está el piloto ahí y el mecánico en el suelo, en cabezal de la pista, llegar y salir. Eso ya es terror, eso ya es... porque son horas, y ahí

vienen en mi, no tan sólo en mí, yo interpreto a varias personas, y... la primera pregunta ¿qué estoy haciendo yo aquí? ¡Qué estoy haciendo yo aquí!”.

La respuesta a esa pregunta la van dando los mismos testimonios.

Víctor G. comentaba que lo más bonito de toda su experiencia fue haber podido defender a su patria porque acá estaban sus parientes, su familia, sus seres queridos, por tanto no podía permitir que Chile sufriera una invasión argentina y si él podía hacer algo por evitarla tenía que hacerlo. De eso – contaba- tenían convicción todos, partiendo desde los conscriptos que él tenía a cargo en Punta Arenas. Con todos ellos, así de motivados, partió rumbo a la frontera en donde debía informar de todo lo que veía, si pasaba un avión en qué dirección iba, con que velocidad, etc., todo a través de una radio. Estando en la frontera sólo contaba con una malla de arco de fútbol y una carpa, implementos con los cuales armaron un improvisado campamento en el borde de una quebrada cubierta con matorrales con el fin de evitar ser hallados por los observadores adelantados trasandinos. Señalaba que como de niño vio películas de guerra, usó todo el conocimiento aprendido de ellas para generar un buen refugio, muy bien camuflado, armando trincheras e instalando un mini campamento donde vivió por varias semanas junto a cuatro o seis soldados a cargo.

Los conscriptos estaban tan bien imbuidos de ese espíritu patriótico que da sentido a los ejércitos nacionales¹⁶, que al poco tiempo de estar en el ejército ya se encontraban dispuestos a dar su vida por la patria. Reflejo de ello es lo señalado por José C., él con tan sólo meses de instrucción, al hacer su juramento a la bandera en Coyhaique, cuenta que vivió un momento muy particular, ya que aquel día se motivó bastante porque ver su bandera en esas circunstancias lo hacía henchir el pecho y dar sentido a su “misión de servicio”. Hoy a la distancia lo recuerda señalando: “lo que pasa es que cuando tú entras igual soy chico, a los 18 no tenís claro lo que quieres, estos gallos te motivan para eso, y te hacen cantar el himno nacional parado o sea mucho respeto a la patria, a la bandera. Están bajando la bandera, tienes que pararte y mirarla mientras la bajan, ponerte firme, andar marcial, himnos militares... A mi no me gustaba, me traté de salir y no pude, entonces ya si estaba dentro, ahí tenía que apechugar no más. Al estar ahí igual te motivas, igual se te pone la piel de gallina cuando escuchai un himno, cuando marchas, cuando te está mirando la

gente, es una cuestión diferente [...] En el '78 era una cuestión de que te concientizaban, te decían estamos en guerra con ellos y hay que matar a los peruanos, hay que matar a los argentinos, ahora sí, sin odio [...] No era por ejemplo que yo pidiera que se murieran todos, no, sino que estaban cagaos también igual que nosotros”.

Llegó Diciembre de 1978 y la situación se fue tornando cada vez más crítica, todas las unidades estaban en alerta roja y difícilmente se presagiaba una solución pacífica. Esto pese a ser un discurso entre las altas cúpulas, siempre de una u otra manera permeaba al resto. No había televisión en vivo, sólo existía TVN que transmitía en diferido, había unas cuantas radios pero más alarmaban que informaban, se oían muchas radios argentinas también, por eso, pese a todo, algo de información había.

Y los soldados seguían esperando. Iván comentaba que a esa altura ya se sentía el más chileno de los chilenos, contaba también que ya estaban durmiendo vestidos, con el equipamiento listo y con el fusil al lado. Usaban un fusil Sig, el cual nuevo tendría un alcance de unos mil metros, pero que en las condiciones en las que se encontraba difícilmente cumpliría como tal, y de eso estaban concientes. Estaban concientes de la inferioridad material y técnica frente a los argentinos, pero aun así estaba dispuesto a luchar por su país¹⁷.

G. decía que un día de diciembre, cuando estaba en la frontera, sus soldados conscriptos a cargo que andaban fuera del refugio volvieron a él desesperados gritando que ya habían llegado los argentinos: “‘instructor, instructor’ me dijeron, ‘sentimos unos caballos argentinos’, y fue tan rápido, tan rápido, que fue por sorpresa, no supimos cuando llegaron, y llegaron entonces a conversar con nosotros, y nos dijeron de que... mira, hermano –así nos dijeron los argentinos- íbamos pasando por acá y contra ustedes no tenemos nada... tienen algo de comer? Iban mal vestidos, barbones, y nosotros... máquinas de afeitar habían, nosotros afeitaditos... había agua, teníamos agua, un estanque de agua, teníamos nuestro estanque de agua, nosotros igual teníamos profesionalismo, o sea, no porque hubiéramos estado en la frontera íbamos a estar barbones, cochinos, nos afeitábamos cada dos días, en cambio los militares argentinos estaban barbones, pasaban con hambre... pasaban con hambre. O sea, tu si estas con hambre no puedes ir a combatir, entonces nosotros, no es que nos hayamos alegrado, no puedes alegrarte si ves al que

tiene hambre ¿cómo te vas a alegrar? Pero si pensamos, o sea si nos toca combatir con ellos, al menos tenemos, tenemos puntos a favor ¿te fijai?, o sea nosotros también los mirábamos como poquita cosa, pero nosotros también éramos poca cosa, porque yo te digo, no si nosotros les ganamos en el combate a ellos, Chile va a ganarle a Argentina la guerra, porque habían aviones, ejércitos, de todo, nosotros éramos solamente un granito de arena que estaba ahí, pero un granito de arena que sí tenía que aportar”.

Como se desprende, pese a todo, el discurso nacionalista fue muy contundente y es uno de los que más redunda en la memoria, fundamentalmente de una manera inconciente, de modo tal que por lo general las anécdotas que se recuerdan apelan a la debilidad del chileno técnicamente pero lo aguerrido y disciplinado que podía llegar a ser. Esta situación se convierte en una forma explícita del poderío de un discurso posicionado en la modernidad cuyas lógicas implícitas son imperceptibles en un momento tan crítico como aquel. Es más, contribuyen a hacerle sentido.

José C., en la misma línea, señalaba que siempre fueron bien tratados por el ejército chileno, que siempre se les dio de todo y que nunca les faltó nada, o más bien, que si les faltó no fue porque no les hayan querido dar sino simplemente porque no había. Para él, el Estado a través del Ejército nunca se despreocupó de sus soldados, ni siquiera del más bajo conscripto. Esto es un tópico común entre los entrevistados.

En fin, en este clima de hostilidad fue que llegó uno de los momentos más críticos que recuerda Iván F.. Al ser consultado por las sensaciones de temor previas a una guerra él baja la cabeza, piensa un momento y con tono tembloroso señala: “sentí temor, sabes cuándo, cuando nos pasaron una hoja y empezamos a leer.... ‘yo soldado tanto, tanto... delego todas mmm mis pertenencias en...’ O sea, un testamento. Ahí ya, fue algo que...ahí dije yo, o, sea esto ya va, va en serio, o sea ya. Le había tomado el sentido al asunto pero ya con eso fue una confirmación de que la cosa iba realmente en serio y que el asunto no iba a parar en otra cosa que no fuera una guerra”. José C. asumió esto cuando les entregaron las placas de guerra: “Los encargados de nosotros eran bien psicológicos los gallos, eran bien light ‘mira les vamos a entregar la medalla de guerra, no se asusten por esto, no significa que va a haber guerra sino que es una cuestión de protocolo, tienen que tenerla’.

Entonces a todos nos entregaron las medallas... la placa. Después llegaba otro y nos decía para qué son las placas de guerra, no se si ustedes saben que hay dos, un collar con una placa y después viene otra placa con otra cadena. Entonces dijo, 'mira, la cadena chica ustedes la pescan y se la ponen cuando un gallo cae muerto, la cadena chica se la ponen en la muñeca y la otra se la ponen en la boca y le pegan una patá en el hocico para que le quede incrustada en los dientes, para que supuestamente, si es mucho el tiempo y el gallo está desfigurado, cuando lo vean, ven la placa y saben de quién es el cuerpo". Ése momento para José señala un antes y un después.

En el ámbito de los soldados profesionales entrevistados la situación no distaba mucho. Ellos, a pesar de que ciertamente tenían más claro para qué estaban ahí y que, según Juan P., muchas personas -que tenían un rango superior- ya les habían informado que por su grado serían de los primeros en entrar en combate, nunca sintieron deseos de desertar, eso jamás pasa por la mente -según Juan- de un soldados profesional. Esa sensación de temor, al contrario de lo que se podría pensar, acarreaba una sensación de responsabilidad, una responsabilidad con el país. Había que matar como mínimo a cinco argentinos y se estaba dispuso a hacerlo aunque ello costase la vida: "porque esa era la relación que nos decían, "cinco es a uno", la relación que teníamos las fuerzas de ellos con las fuerzas de nosotros...tú estabas convencido de eso, como te digo no sé si eso es patriotismo, pero si eso es patriotismo fuimos muy patriotas en ese momento". Manuel H., pese a que más de alguna vez -como ya planteé- se preguntó por qué y para qué estaba ahí, siempre terminó auto convenciéndose de lo mismo. Estaba ahí porque había hecho un compromiso con su bandera para defender a su patria, en este caso para defender las islas Nueva, Picton y Lennox y al momento de preguntarle si inclusive esto estaba por sobre su familia, no dudó en responder que sí, porque la patria, para el uniformado, es su familia.

Así, estos dos conscriptos y tres soldados profesionales esperaban temblorosos pero con firme convicción nacionalista el día 22 de diciembre, el cual para muchos, a esa altura, era el día de la invasión argentina.¹⁸

José comentaba que aquella fecha les habló el capitán a cargo de todo el regimiento en una formación de todas las fuerzas y les dijo que si ese día no había guerra, definitivamente no habría. Contaba que: "ya habían pasado cinco

meses, ya estábamos en campaña 'entonces si Dios quiera que no haya, pero si no hay hoy, no hay'. Así que la idea era dormir con el equipo puesto, estar preparado. Diciembre 22, por ahí, o sea, antes de la navidad. Fue un día especial, siempre lo recuerdo, porque la tensión se sentía en el aire. Pucha, súper triste. No te molestaban. Porque siempre andaban molestando, que ponte firme, que corre para allá, anda pa' acá. Ese día estaban muy serenos, y todos. Bueno, no se podía hacer fogatas, no podía haber nada prendido. Tratar de fumar con el cigarro tapado para que no saliera la luz. Que no se viera alrededor movimiento. Dormir con el yugo puesto. Entonces tu sentías un avión y un silencio que escuchabas el corazón, y tu contai y te cuidai con tu compañero y te prometes que se iban a cuidar...".

Pasó el día y nada ocurrió.

La resolución final del conflicto es conocida, no hubo guerra y todas estas memorias no pasaron a los libros de historia. Asimismo, el conjunto de hombres que se movilizó por completo durante ese año y más, ha recurrido a ellas sólo para amenizar esporádicos encuentros familiares. La historiografía tradicional rescató principalmente el papel del Papa, Pinochet, Cubillos, Videla, etc., siempre olvidando todo este puñado de historias que están ocultas en la memoria de cientos de veteranos de una guerra que no fue.

Los soldados esperaron por semanas la orden para poner a prueba su nacionalismo, reafirmando día a día un vínculo sentimental y natural con la territorialidad del país y viviendo la experiencia de ser partícipes de una guerra cuya historia no incluye sus memorias. Planteado de esta forma, pese a ser pensado como ficción, resulta decidior el diálogo final de la película ya citada en este trabajo, en donde quienes estuvieron más próximo a perder la vida por la patria, reflexionan como si la contraposición académica intelectual entre historia y memoria se manifestase de la manera más clara posible:

"Ni un besito..., ni un billetito..., ni medallas..., ni las gracias...

El último salud al chilote, único héroe de una guerra sin historia, único héroe de una guerra que no fue"¹⁹.

Conclusión

Como se ha constatado por medio de este relato, la formación nacionalista claramente logró el propósito de dar sentido a la defensa del territorio y pudo más que cualquier vivencia o sensación que colocase en cuestionamiento el sentimiento nacional. Existía en Chile, y fundamentalmente en el ejército, una reproducción muy sólida de estas lógicas que una vez estando dentro de él, es prácticamente imposible eludirlas, más aun si se arrastra una percepción de la nación como algo natural y que acompaña al hombre desde que este vive en comunidad.

Sostengo además, como la mayoría de los autores modernistas que tratan el tema²⁰, que la nación es una construcción social surgida a fines del siglo XVIII que tuvo -y tiene- por fin dar un ordenamiento al mundo de acuerdo a ciertas características y parámetros que permitiesen facilitar el desarrollo de la modernidad, por ello su propia lógica esencialista carece de fundamento.

Por otro lado se deja a entrever finalmente la disputa de la memoria versus la historia. El relato es acompañado por una fuerte carga de melancolía y reivindicación que ha estado lejos de ser revisada por la historiografía tradicional. Estos anónimos soldados no pertenecen a la esfera dirigente que

encauzó el tránsito de la crisis del Beagle, más bien son simples obreros de todo un andamiaje político, militar y cultural que los utilizó para dar sentido a los conflictos modernos internacionales (el ciudadano común defendiendo su patria), por tanto al no ser referentes de manuales de historia, sus memorias no pertenecen a nuestro pasado nacional. Es decir, se establece una construcción selectiva de la historia de la nación.

En esa línea, los testimonios dan cuenta de una sobre estimulación de los sentimientos por sobre la razón y, aun constatando esto, paradójicamente, es difícil, sino imposible, eludir las fuerzas históricas que lo determinan. Por ello, es válido estudiarlos para cuestionarnos entonces ¿cuán prudente es un discurso que enajena al individuo en pos de una solidaridad grupal aparentemente ficticia y cuán recíproca es desde todos los sectores de la comunidad? Más aún, ¿Cuál es el real aporte del nacionalismo a la modernidad?

Bibliografía

- Anderson, B., Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1993.
- Gellner, E., Naciones y nacionalismo, Alianza Universidad, Madrid, España, 2001.
- Hobsbawm, E., Naciones y nacionalismo desde 1780, Editorial Crítica, Barcelona, España, 2000.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.), La invención de la tradición, Editorial Crítica, Barcelona, España, 2002.
- Tapia, Luis Alfonso. Esta noche, la guerra. Ed Universidad marítima de Viña del Mar, Viña del Mar, Chile, 1997.
- Bowen, Alex, Mi mejor enemigo, Filmosonido, Santiago de Chile, 2005. 105 m.

- Televisión Nacional de Chile, documental El año que vivimos en peligro, en programa periodístico “Informe especial”, Santiago, Chile, 1999.
- The History Channel, documental Operativo soberanía, realizado por la productora argentina “Cuatro cabezas”, Buenos Aires, Argentina, 2006.

¹ Licenciado en Historia, Universidad de Chile.

² Iván F., alrededor de 50 años, administrador, Santiago, 10 de Julio de 2008, entrevistado por Gonzalo Aravena H.

³ La tradición es clave para consolidar y justificar el nacionalismo. La historiografía decimonónica consagra un imaginario de héroes que pavimentaron nuestra emancipación como sociedad, por ello, recordar sus historias, fundamentalmente al interior del ejército, permite generar un vínculo con la tradición que da sentido a la defensa nacional y consigo a aquel discurso. Ver Muzzopappa, Eva, **Entretejidos y Entrelazados: Estado, nación y legitimidad en el discurso de las fuerzas armadas de Chile (1988-2005)**, Tesis para optar al grado de magister en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 2006.

⁴ Este tipo de ritos van configurando en los sujetos estudiados una reafirmación constante del sentimiento nacional. A través de ellos se inculcan valores de manera subrepticia por medio de letras como la de aquella canción: “Yo tenía un camarada, otro igual no encontraré, siempre a mi lado él marchaba, siempre aquel clarín tocaba. Silbando viene una bala, es para mí o es para él, a él le tocó, lo siento, y yace a mis pies sangrientos, como un pedazo de mí. Quieres darme tú la mano mientras yo cargo el fusil, no puedo dártela, muero. Vive feliz compañero, se valiente y varonil.” Se transforma así, prácticamente en un honor morir en la guerra por la patria.

⁵ José C., alrededor de 50 años, Comerciante, Santiago, 10 de Noviembre de 2007, entrevistado por Gonzalo Aravena H.

⁶ La ya clásica idea de “comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” propuesta por Benedict Anderson (1993) para referirse a la nación cobra aquí asidero. Él plantea que los miembros de la nación, con una identidad nacional plenamente integrada, pese a no conocer todo el territorio que ésta comprende, tendrían cierto nivel de apropiación discursiva del mismo, aceptando como propios lugares a los cuales jamás han

visitado pero que sí pueden fácilmente imaginar, pues le son comunes. Estos al ser políticamente parte del territorio donde se ejerce soberanía, son también parte del imaginario de la representación de la nación, consagrándose una idea de apropiación que va más allá del conocimiento físico del lugar, puesto que basta con conocerlo en términos discursivos.

⁷ En rigor, este regimiento se encuentra en la localidad homónima, ubicada a 60 kilómetros de Coyhaique.

⁸ Es destacable que el principal número de fuerzas que componían al ejército chileno en el sur, estaba conformado fundamentalmente por soldados provenientes de la zona centro y norte del país con el fin de evitar que existiese algún grado de parentesco o cercanía con habitantes de la frontera Argentina. En la zona austral las familias generalmente conservan lazos sanguíneos o de amistad con familias trasandinas, esto debido a su proximidad y al propio aislamiento patagónico. Lo anterior genera una doble identidad, por un lado una nacional y por otro una local muy fuerte, es decir, una identidad patagónica que en un momento límite como una guerra puede posicionarse por sobre la antes señalada, ocasionando una fractura dentro de la función del ejército chileno, que con este tipo de medidas se pretendió evitar.

⁹ Víctor G., alrededor de 50 años, Profesor de Educación Física, Santiago, 1 de Agosto de 2007, entrevistado por Gonzalo Aravena H.

¹⁰ Los preparativos militares no sólo tenían impacto en la zona sur y austral del país. El gobierno chileno, por medio de las Fuerzas Armadas, manejaba la denominada 'Hipótesis Vecinal Tres', la cual consistía en una especulación respecto del desarrollo del conflicto. Se planteaba que una vez comenzado el ataque argentino por el sur, los gobiernos peruano y boliviano aprovecharían la situación para reclamar pretensiones sobre el norte por medio de las armas, es decir, Chile debería hacer frente al ataque combatiendo a tres países a la vez. Por ello las movilizaciones de tropas no sólo se centraron en cubrir el sur, el norte también fue preparado para la guerra. Ver Tapia, Luis Alfonso, **Esta noche, la guerra**, Ed Universidad marítima de Viña del Mar, Viña del Mar, Chile, 1997.

¹¹ Juan P., alrededor de 50 años, suboficial de la Fuerza Aérea de Chile, Santiago, 17 de Agosto de 2008, entrevistado por Gonzalo Aravena H.

¹² Al momento de realizar esta entrevista, Juan sacó de uno de los estantes de su oficina un viejo libro, muy ajeado por el tiempo y de imponente presencia, cuyo título decía en letras grandes "100 grandes personajes de la Historia de Chile", mostrando en su portada una imagen de Arturo Prat e Ignacio Carrera Pinto. Según Juan, solía leer ese libro desde niño, y a la fecha se había transformado en uno de sus más queridos. Esta apropiación simbólica de historias épicas de héroes nacionales configura otro aspecto del proceso de construcción nacional, que sean ellos los referentes a seguir es lo que se busca por medio de una historiografía cuasi novelística preocupada más que de explicar fenómenos, de ensalzar figuras construyendo un pasado glorioso al cual imitar.

¹³ En este aspecto se manifiesta la idea de legitimidad de la defensa por medio de un azuzamiento a las conciencias a través de la adopción repetitiva de himnos e historias plagadas de contenido fuertemente nacionalista con lo cual se fortalece la idea de una antiquísima tradición de valor y honra en el ejército nacional. Lo anterior deviene en una necesidad de imitación del coraje y la valentía de los protagonistas de las hazañas entonadas, lo que lleva al fortalecimiento y contundencia del argumento por el cual ahora ellos se movilizaban. Para una mayor complejización de la idea de levantar imágenes a imitar en el fortalecimiento de las naciones ver Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.), **La invención de la tradición**, Editorial Crítica, Barcelona, España, 2002.

¹⁴ Los lazos que se forman en un momento tan crítico como aquel suelen ser muy sólidos debido a que la convivencia es tan íntima y extrema que tienden a presentarse variadas historias de lazos ciertamente sinceros y perdurables entre miembros de una misma patrulla, batallón o compañía. La película chilena *Mi Mejor Enemigo*, refleja con gran perspicacia esta situación. En su relato intenta, como dice su eslogan, reflejar tanto lo peor de la guerra como lo mejor de los hombres, siendo muy útil para entender esta dicotomía. Los entrevistados señalan que, pese a ser un relato de ficción, su argumento, ambientación y proyección presentan total verosimilitud con lo que ellos vivieron. Ver Bowen, Alex. **Mi mejor enemigo**. Filmosonido. Santiago de Chile. 2005. 105 min.

¹⁵ Manuel H., alrededor de 50 años, suboficial de la Fuerza Aérea de Chile, Santiago, 14 de Julio de 2008, entrevistado por Gonzalo Aravena H.

¹⁶ Ver En torno a los orígenes del estado moderno

¹⁷ “La situación de Chile era de un desventaja enorme, a esto se agrega el hecho de que Argentina tiene una gran profundidad [...] y una gran posibilidad de tener, de colocar sus aviones en diferentes bases y moverlos. Nosotros somos un país muy estrecho y la frontera con Argentina en ninguna parte está a más de unos pocos minutos de vuelo de un avión moderno de combate, de manera de que no tenemos, o no teníamos ninguna posibilidad de detectar un ataque aéreo a tiempo y de enfrentarlo. Una vez que cruzaban la frontera estaban encima de nosotros, de manera que a la gran desventaja material se agregaba la desventaja estratégica. Además argentina tenía la iniciativa, iba a tenerla necesariamente, mientras nosotros no teníamos la iniciativa y en aviación ese golpe de sorpresa inicial puede ser fatal” E. Matthei. Televisión Nacional de Chile, documental **El año que vivimos en peligro**, en programa periodístico “Informe especial”, Santiago, Chile, 1999. Min 32.

¹⁸ Televisión Nacional de Chile, Op cit.

The History Channel, documental **Operativo soberanía**, realizado por la productora argentina “Cuatro cabezas”, Buenos Aires, Argentina, 2006.

¹⁹ Bowen, Alex. Op cit., Min. 100.

²⁰ Bajo esta línea ver Ernest Gellner, op. Cit.; Benedict Anderson, **Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2000; Kedourie, Elie, **Nacionalismo**,.2a ed., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, España, 1988; y Eric Hobsbawm, **Naciones y nacionalismo desde 1780**, Editorial Crítica, Barcelona, España, 2000.